camino. Ellos nos dirán si las victorias del puñal y del palo han sido útiles permanentemente. Pero Piaggia podría volver solo por todos los sitios por donde ha pasado. Solo afrontó los mayores peligros, y salió airoso siempre con el amor y con el valor tranquilo y desarmado, estando persuadido firmemente de que todo puede lograrse por este camino. Ahora, que para los caracteres suaves se necesita un valor bastante más firme que para los violentos.—La voz debe ser dulce, como él dice; pero el semblante imperturbable. ¡Ay del que tratando de persuadir, toma un acento de súplica!

Conmueve oirle contar las palabras tranquilas con que defendió su vida. Él exponía friamente á gentes salvajes y testarudas las razones por las cuales no debían matarle:—«Venid acá, hablemos. Vosotros me queréis matar, ¿no es verdad? ¿Me queréis matar por esto ó por lo otro? Pues bien, veamos lo que salís ganando dejándome vivir, y lo que perdéis si me matáis. No os impacientéis. Os explicaré la cosa claramente. Yo expongo mis razones, y vosotros me diréis las vuestras. Si me matáis...» Y así sucesivamente, con la voz firme y con la boca sonriente.

Y es extraño cómo su bondad, y más aun la delicadeza exquisita de sus sentimientos, no se haya atrofiado en tantos años de vida ruda y violenta. Las sangrientas cacerías, la muerte afrontada bajo mil formas, el espectáculo de inauditas miserias, de torturas sin nombre, de suplicios enloquecedores, le han conservado tanta viveza de sentimiento que se detiene en medio de la plaza del Castillo en Turín para liar un trapo á un niño que se haya arañado un dedo. Sobre el río Blanco se separó, á costa de grandes peligros, de su escuadra de cazadores de elefantes, y se volvió solo á Jartum, porque no podía impedir las crueldades que aquéllos cometían contra las tribus indígenas.

Al cabo de diez años se acuerda de un golpe dado á un negro, para « confesar que ha sido injusto». Tiene siempre una palabra de piedad para todas las desventuras que vió, una palabra de desprecio contra todas las prepotencias; nunca una palabra de rencor contra aquel que le ofendiera. Sólo recuerdo haberle visto una vez con los ojos que lanzaban centellas de venganza, y fué cuando contó que varios salvajes, por deseo de procurarle una incomodidad, le robaron de noche su Teresa, un bello antílope que había criado con mucho cariño, enviándole á la mañana siguiente con un muchacho las patas cortadas. - Les hubiera muerto - dijo con voz conmovida, permaneciendo obsorto algún tiempo en el recuerdo de su pobre "amiga".

* *

Para comprender mejor, penetrando su indole, toda la importancia de su obra, sería menester contar minuciosamente alguno de sus viajes; pero como quizá al hacerlo abusaría de la ventaja de haber tenido sus manuscritos en mis manos, me debo, pues, limitar á referir algunas anécdotas. El más célebre entre sus viajes fué el que realizó á las tierras de Niam-Niam, donde se encaminó después de él, sirviéndose de sus indicaciones, Schweinfurt, que recordó después á Piaggia con admiración y con cariño en su libro En el corazón del Africa. Llegó á los confines de aquellas tierras el 14 de Noviembre de 1863, con una escolta de ochenta soldados. Era el primer hombre blanco que aparecía en medio de aquellos pueblos. Fué recibido, en un principio, con gran desconfianza. Aquí y allá, detrás de los árboles y de los arbustos, había grupos de jóvenes indígenas, desnudos, armados de lanzas, con los careax á la espalda y el arco tendido, inmóviles, mirándole con una expresión de estupor y de amenaza. Un gesto ó un grito mal comprimido hubiera sido bastante para provocar contienda. Piaggia avanzó tranquilamente. El jefe de la tribu le salió al encuentro, preguntándole qué quería.

Comprendiendo que buscaba hospitalidad, se declaró dispuesto á recibirlo, ofreciéndole una de sus cabañas más espaciosas. Entonces Piaggia decidió quedarse solo. Dió á los soldados un papel firmado, en el cual declaraba su espontánea voluntad de separarse de ellos; los soldados partieron, y él quedó sin escolta, sin intérpretes, en medio de un pueblo desconocido, preparado y resignado á todo, como él mismo dice, menos á renunciar á su propósito de conocer aquellas gentes y aquellos países, aun á costa de la propia vida. El jefe de la tribu le acompañó á la cabaña, donde se instaló con su ajuar modesto; comenzaron entonces á acudir los curiosos, escondiéndose detrás de las matas, rastreando por el suelo, acercándose paso á paso, por grupos, encorvados, gesticulando llenos de asombro, mirándole con desconfianza, y avanzando uno contra otro, y prorrumpiendo en risas estridentes. Estas escenas se repitieron durante varios días. Delante de su cabaña había mucha gente. Les asombraba cualquier hecho suyo. Cuando se quitó la chaqueta y los zapatos, al encender un fósforo, cuando se puso á escribir, lanzaron gritos é hicieron mil gestos y contorsiones imposibles de imaginar. Pregunté á Piaggia qué sentimientos experimentaba en aquellos momentos. Su respuesta fué hermosísima.—El sentimiento, dijo, que se experimenta en un asilo infantil... placer y piedad juntamente, con algo de cariño paternal.—Apenas cesó el primer alboroto que su aparición produjo, comenzó á estudiar la lengua, á observar las costumbres, á hacer colecciones botánicas y zoológicas, á explorar el país, á cazar y á escribir. Así vivió dos años y medio.

* *

Este es el período de su vida africana del cual habla con más gusto, porque tiene material más abundante, y el pueblo de los Niam-Niam fué el pueblo que estudió con más cuidado. Alejandro Dumas hubiera escrito diez volúmenes solamente con las impresiones del primer mes. Lo más curioso es lo que se refiere á las mujeres. Las mujeres, naturalmente, se mostraban más desconfiadas hacia él que los hombres.

Al principio sólo se le acercaban como á diez pasos de distancia; se acurrucaban, se tapaban la cara con las manos, mirándole por entre los dedos. Apenas hacía ademán de adelantarse, escapaban llenas de espanto, chocando con tanto ímpetu unas contra otras, que se derribaban por tierra. Poco á poco logró irlas domesticando, arrojándoles en la hierba pedacitos de vidrio de color, que recogían lanzando gritos de alegría. Cuando se le acercaron mucho, comenzaron á hacer grandes demostraciones de admiración por su blancura. Querían, sin embargo, saber si todo él era tan blanco como la cara. Piaggia, para contentarlas, se descubrió el pecho, y entonces prorrumpieron en exclamaciones sin cuento.—¡Igual—decían todos á una voz—que nuestros niños!

Porque, naturalmente, también entre los Niam-Niam los niños tienen un color más claro que los adultos. Pero su mayor curiosidad consistía en saber si el hombre blanco era en todo y por todo del mismo cuño que sus hombres. Se comprendía claramente por sus gestos. Sino que se oponía para satisfacer esta curiosidad, la cáscara, la piel de encima, como ellas llamaban á los vestidos; y así se estaban sentadas indefinidamente, delante de él, mirándole por todos lados y notando todas sus particularidades en silencio; y sólo de vez en cuando alguna de ellas lanzaba de improviso una carcajada homérica, como diciendo:—Pero ¡de dónde ha venido este hombre tan raro!—Y, en

efecto, se lo preguntaban así:—¿De dónde vienes, hombre blanco?—Piaggia se explicaba como podía.—Vengo de un país muy lejano, de lotro lado de un gran mar, de un país donde hay montañas y lagos como aquí, y casas hechas de esta ó de la otra manera.—Le contestaban que no era posible.—Tú—le decían—no vienes de la tierra, porque no eres negro. La tierra es negra, y nosotros somos negros porque venimos de la tierra. Pero tú eres blanco; por tanto vienes del aire.

Pocos días después de su llegada á aquella tribu, cuyo jefe llevaba de nombre Tombo, hizo una excursión, escoltado por veinte indígenas, á una tribu vecina, cuyo jefe se llamaba Sati. Habiendo llegado á las cabañas, se le acercaron las mujeres, entre las cuales estaba una como de veinte años, hija de Sati, de piel más elara que todas las demás, desnuda como la mano, de formas esbeltas, famosa por su belleza. Le salió ésta al encuentro, saludándole con un gesto.

Piaggia, para hacerle un cumplido de color local, le preguntó si quería irse con él. El cumplimiento parece que resultó un poco fuerte; todas las mujeres, incluso la hermosa, huyeron á sus cabañas.—Entonces—dice ingenuamente Piaggia en una Memoria que leyó hace tiempo en la Academia de Lucca—emprendí la vuel-

ta por donde había venido, casi humillado de la aventura. -- Pero la aventura, que parecía concluída, realmente todavía no había empezado. Transcurridos algunos días, estando en su cabaña, en el pueblo de Tombo, se presentó ante él la muchacha, que le dijo ex abrupto:-¡Extranjero blanco! Yo me llamo Mambia; me has solicitado, heme aquí; soy tuya; dame alguna cosa para que yo pueda ser grande entre todas las mujeres.—Piaggia, seducido por esta desenveltura, le regaló un pedazo de tela rayada de blanco y rojo; se la puso rodeando las caderas, y huyó como una saeta, loca de gozo. Pasa un día, dos tres, y Mambia no vuelve. En lugar de ella se presenta el padre, el príncipe Sati en persona, para que le pagase la hija.—¿Cómo quieres que te la pague-le preguntó Piaggia -si ha huído de mi lado?-Volverá-respondió el padre en tono de seguridad; --puedes pagarla sin temor; Mambia es incapaz de engañarte.-Piaggia que, no quería comprarla y si quitarse de delante á Sati, le regaló dos pequeños brazaletes de cobre. Pero el regalo pareció tan espléndido al buen padre — y era en efecto muy superior al valor usual de una muchacha entre los Niam-Niam-que tuvo por bien pagada la muchacha, y se fué contento, repitiendo:-No lo dudes; Mambia volverá.

Y, en efecto, volvió al cabo de los siete días

y acompañó á Piaggia en una excursión de tres semanas, sirviéndole de guía, de intérprete y mensajera para con ciertas tribus, que le recibieron benévolamente. Pero el viaje terminó con un accidente curioso. No pudiendo las mujeres de los jefes de las distintas tribus mostrarse, según la etiqueta de la corte, á Piaggia, y teniendo vehementes deseos de verlo, se encomendaban á Mambia para poderlo ver de contrabando por la noche; y Mambia, á fuerza de súplicas, obligaba á su «señor» á mantenerse despierto, con gran enojo por parte de la gente de la escolta que debía hacer la guardia en lugar de descansar. Para libertarse de este fastidio, decidió Piaggia volverse al pueblo de Tombo. - "Yo no podía continuar acomodándome á las exigencias de Mambia. "-Y, para evitar una escena de sentimiento, partió con sus hombres secretamente, truncando de este modo la novela, sobre la cual no pregunté detalles al protagonista, por miramientos de delicadeza hacia la doncella.

* *

Las mujeres de los Niam-Niam, por lo que Piaggia dice, son horribles; llevan los cabellos cortos; si no fuesen desnudas, se confundirían con los hombres. Todas se volvían locas por las telas. En aquella perfecta igualdad de desnudez, la que podía plantarse encima un harapo cualquiera, se sentía y era considerada por las demás como infinitamente superior á todas: era una privilegiada, una rica, una hermosa, todo lo que puede significar un adjetivo correspondiente al italiano grande: como entre los granujillas de seis años el que posee cinco céntimos es considerado como una potencia. Cuenta Piaggia que puso un día una especie de falda á una muchacha, que comenzó á correr y á saltar, trabándose á cada paso como un hombre vestido de mujer; corrió á la tribu inmediata para que la vieran, y volvió al siguiente día rendida y sin voz, y llena de pesadumbre porque la falda se había ensuciado. Piaggia le dijo que la lavase en el agua. Ella le contestó con un epíteto que en su lengua quería significar «no vale nada». - ¿Por qué quieres que destruya el regalo que me has hecho?-Creía que el agua desharía la tela como el papel; que para ella ambas cosas eran iguales. Y para probar que tenía razón, metió una mano en el agua y frotando una hoja en donde Piaggia escribía, le hizo ver que se deshacía. Entonces Piaggia recurrió á un medio de persuasión irresistible. Estaban á la orilla de un río, y metió á la mu-